



Relatos de pesca

Una aventura de 290 kilos

La experiencia que quiero compartir con los lectores de Altea Náutica es de principios de los 80, cuando todavía no teníamos acceso a los navegadores GPS y el que tenía sonda era gráfica. Entonces se navegaba por compás, velocidad en millas hora, señas de tierra y sobre todo mucha intuición.

Por aquella época, los palangreros como El Navegante o el Faro de Altea, que tenían base en el puerto de Altea, se dedicaban a la pesca del emperador. Fue entonces cuando empezamos a oír hablar de los japoneses que con sus palangres especiales cogían atunes en cantidad y de gran talla. En nuestros coloquios y charlas de pesca, coger un gran atún era una utopía, una quimera. Se convirtió en una obsesión.

Un día, hablando con el patrón de una traíña, nos dijo que había visto saltar atunes en una zona a unas 15 millas de tierra, llamada "Els Antinens de Geroni". Éste fue el detonante para empezar los preparativos de la pesca con sus correspondientes discusiones sobre anzuelos, empataduras y las brazas del terminal. Por fin teníamos las busardas preparadas para el brumeo, un tipo de pesca en el que se ceba y se intenta atraer a los atunes principalmente con sardina.

Decidimos salir a principios de mayo. Nos repartimos la carnada y a las 4.30 horas partimos tres embarcaciones con los compañeros de pesca distribuidos. En mi embarcación "Nineta", una Draco 23, íbamos mi compañero de pesca José y yo.

La ansiedad por arribar nos hizo el camino eterno. Llegamos con un amanecer precioso. El mar estaba en calma y no se veía ningún movimiento de peces en superficie. Calamos dos busardas con boga y caballa y empezamos a bromear.



Los nervios iban en aumento. Según pasaba el tiempo nos íbamos calmando y comentando que además de hacer las cosas bien había que tener mucha suerte. De repente, salieron los hilos de las dos busardas como un cohete, con una velocidad tan increíble que nos quedamos paralizados. Nos invadieron los nervios, la adrenalina se nos disparó y empezamos a creer lo que estábamos viendo. Habíamos tenido dos picadas al mismo tiempo y una de las busardas se estaba quedando sin hilo. Tuvimos suerte de que el atún que parecía más pequeño se desclavara ya que eso, nos permitió emplearnos a fondo con el otro.

Entonces empezó una batalla inolvidable. En el primer envite el atún sacó más de 800 metros de hilo. Cuando conseguimos recuperar 300 metros el gran pez, como si se hubiese tomado un descanso, volvió a la lucha y sacó otros 300 metros más. Después de varios envites logramos cansarlo y ver su silueta cerca del barco. Habían pasado casi dos horas y era el momento de felicitarlos y celebrarlo con el resto de compañeros que estaban en los otros dos barcos y habían estado siguiendo el resultado del lance. Se acercaron a nuestra embarcación todavía incrédulos, con gritos de euforia y varios brindis. Decidimos regresar a puerto todos juntos. Fue una gran experiencia.

El atún se pesó en la lona y dio en báscula 289,400 kg. Como habíamos acordado, nos lo repartimos entre todos los compañeros y seguimos la celebración. Para mí la pesca es adrenalina, una auténtica aventura y una forma de entender la vida.

Miguel Alvaro